

mos más solidarios, nuestro país se engrandece.

1º—Cualquiera que sea el trabajo que yo ejecute en compañía de otros, haré la parte que me corresponda y ayudaré a los demás a realizar la suya.

2º—Yo guardaré en orden los útiles y objetos de que me valgo para trabajar. Las cosas no guardadas sirven de estorbo con frecuencia y son difíciles de encontrar a veces. El desorden atrae la confusión, y es un desperdicio de tiempo y de paciencia.

3º—Trabajando con otros, trataré de ser siempre jovial. La falta de alegría deprime a los trabajadores y perjudica el trabajo.

4º—Cuando reciba mi salario, no me conduciré ni como avaro ni como pródigo. Yo sabré economizar y gastar prudentemente.

LA NOVENA LEY ES

LA LEY DE LA BENEVOLENCIA

En nuestro país, los que son de razas, creencias, opiniones y condiciones diversas, están llamados a vivir juntos. Nosotros somos diferentes los unos de los otros desde muchos puntos de vista; pero formamos un solo gran pueblo. Todo acto de malevolencia daña a la comunidad; todo acto de benevolencia, la favorece.

1º—Yo seré siempre benévolo en pensamientos. No sentiré despecho ni rencor. No me creeré superior a nadie por el hecho de que sea yo de raza o condición distintas. Jamás despreciaré a alguna persona.

2º—Yo seré siempre benévolo en palabras. No andaré con chismes, ni hablaré mal de nadie. Las palabras hieren o reconfortan.

3º—Yo seré siempre benévolo en acciones. No insistiré, egoístamente, para que se obre conforme a mi criterio. Seré siempre cortés. Las gentes incultas no son buenos ciudadanos. No molestaré inútilmente a los que trabajan para mí. Trataré de prevenir los actos de crueldad, y ofreceré toda mi ayuda a los otros, principalmente a los que tengan más necesidad.

LA DÉCIMA LEY ES

LA LEY DE LA LEALTAD

EL BUEN CIUDADANO ES LEAL

Si queremos que nuestro país sea siempre más grande y mejor, es necesario que sus ciudadanos se muestren siempre leales y fieles en todas sus relaciones.

1º—Yo seré leal con mi familia. Con toda fidelidad obedeceré alegremente

a mis padres o a las personas que los representen. Me empeñaré en ayudar a cada miembro de mi familia para que sea más fuerte y más útil.

2º—Yo seré leal con mi escuela. Con toda sinceridad observaré y contribuiré para que mis condiscípulos observen las reglas que dicten en beneficio de todos.

3º—Yo seré leal con mi ciudad y con mi patria. Con toda lealtad, respetaré y ayudaré a los otros a respetar las leyes y la justicia.

4º—Yo seré leal con la humanidad. Con toda honradez colaboraré para que mi país sostenga amistosas relaciones con las demás naciones del planeta.

Si procuro ser leal con mi familia, podré ser leal con mi escuela. Si me esfuerzo por ser leal con la escuela, podré serlo con la sociedad, mi pueblo y mi patria. Si lo soy con mi país, lo seré con la humanidad entera. Por tanto, y quiero ser leal con la humanidad, porque entonces lo soy con mi patria, mi ciudad, mi escuela y mi familia.

QUIEN OBSERVA LA LEY DE LA LEALTAD, CUMPLE CON LAS OTRAS LEYES DEL BUEN CIUDADANO.

Por la traducción,

JUAR RAMÓN URIARTE

Otoño de 1920.

Chicano en Nicaragua

Así refiere «El Cronista» de León la llegada del poeta a esa ciudad:

Hasta el Hotel Metropolitano fueron conducidos los huéspedes y allí el glorioso Chocano dió las gracias por la bienvenida tan gentil que le hacía el pueblo de León.

He aquí las palabras del poeta inca:

«Agradezco profundamente el aplauso que este noble pueblo, de manera tan entusiasta, ha tenido para mí.

»No esperéis oír de mis labios frases llenas de elocuencia, pues no soy un orador sino un poeta.

»Vengo de la cárcel en donde he estado encerrado como Jonás en el vientre de la ballena.

»Quisiera que por arte de magia, vuestros aplausos se convirtieran en flores, para depositarlas en la tumba de Rubén, como la mejor ofrenda a este pueblo heroico».

El poeta Santiago Argüello contestó con los siguientes versos a Chocano:

«Será nefanda en la Historia su prisión atentatoria y su vinagre y su hiel; para un águila como él sólo una cárcel: la Gloria».

EL QUINTO DETENIDO Y LAS FUERZAS VIVAS

EL quinto detenido—dice *La Voz* del 24 de agosto, al dar cuenta del crimen de Zaragoza, perpetrado por un obrero, que dijo llamarse Inocencio Domingo—es un individuo que se presentó en la Comisaría llevando comida para Inocencio».

El quinto detenido... Los graciosos, que juegan del vocablo, hacen su chiste en su café. Yo digo: ¡Oh santidad del pueblo! ¡Oh pueblo santo!

Cesaraugusta tiene ira y sangre en las manos, ira y piedad.—¡Vendas, camillas...! ¡Pronto! Voces: «¡A muerte el vil!» Gritos: «¡Picadlo!»

Cesaraugusta brama, con su rejón clavado, como un toro en la arena. Ya el asesino es un muñeco laxo que las turbas arrollan, que las turbas golpean. Puños. Palos.

Caballos y correas amarillas, sables al sol, tricornos charolados.

Cesaraugusta tiene clamor de plaza ante el balcón cerrado de la Casa del Pueblo. Como en Esquilo, trágicos, los brazos y las bocas... No, es un furor judaico, que grita enronquecido: «¡Muera la prole de Caín el Malo!»

Por una calle solitaria, un hombre de blusa azul, el rostro mal rapado, los ojos inocentes y tranquilos y el corazón ligero, aprieta el paso. Lleva en la mano diestra un bulto envuelto en un pañuelo blanco. Dobla la esquina.

—¿Adónde vas?

—Le llevo

un poco de comida a ese muchacho.

ANTONIO MACHADO

(*La Lectura*, Madrid, setiembre, 1920.)

Dos colaboradores más

HOY vemos en el REPERTORIO a Carmen Lira y a Napoleón Pacheco. Saludémoslos afectuosamente. Están en su casa. A menudo los veremos acá; ambos son estudiosos y buenos ciudadanos y están propuestos a aprovechar bien su estada en París y a informarnos de cuanto provechoso hallen en la gran ciudad. Nos prometen cosas propias y traducciones, y cumplirán, porque los dos son estudiantes tesoneros y celosos de su buen nombre y el de su patria.